

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Los enfermos.

—¡Ay qué calor, caro tío! fuego corre por mis venas! Jesús! Jesús! qué sofoco! le aseguro á usted que mientras dure el verano, no salgo ni aun á oír misa siquiera. Tales fueron las palabras que dijo airado el baviaca de Papamoscas, poniéndose de su tío en la presencia.
—Ven, acércate, hijo mío, conmigo á la chimenea, le contestó el buen anciano; quítate el frac y las medias, el pantalón, la camisa, y en fin, todo lo que quieras, siempre que en cueros no quedes

para evitar la indecencia.

—Pues bien! si á usted le parece solo con la gorra puesta me quedaré, y de este modo no ofenderé su vergüenza.

—Corriente! estoy convenido! ahora espero me des cuenta de las visitas que has hecho:

¿en dónde has estado? empieza!

—Pues señor, como usted sabe, salí con alma resuelta á ver cuatro ó cinco enfermos que se mueren de esta hecha! Fui en casa de *El Heraldo* que me tenía de veras con cuidado...

—Y qué tal sigue?

—Tiene muy mal la cabeza la enfermedad que padece es de las que no remedia ni Dios ni el diablo.

—Qué tiene?

—Un embuste en una pierna, adulacion en el pecho, sed de sangre en las caderas, vanidad en la garganta y un candado en la conciencia.

—Males son, amigo mio, que tarde ó temprano llevan á la muerte: y á Camorra le visitaste?

—A la media hora: postrado en la cama continuamente se queja: está flaco y descarnado; sin embargo, su dolencia, á mi ver, tiene remedio. —Y qué padece?

—En la lengua un insulto duplicado: on el vientre una polémica que se le va indigestando: déjete por ir de priesa, y en la calle de S. Roque entré á visitar *La Prensa*: pobre señora! qué lástima me dió, D. Cenon, al verla... la han sacado tanta sangre que ni dos onzas la quedan; sin embargo, ella trabaja por conservar su existencia; pero es lo malo que el médico que tiene de cabecera, permite á sus *practicantes*, y algunos no saben *letra*, que la den de cuando en cuando de su *chirumen* recetas; y como esto no se evite van á mandarla á la huesa. Luego fui á *El Popular* que le va entrando gangrena, pero él se tiene la culpa si el demonio se le lleva: figúrese usted, tío mio, que ha dos noches en la cena se comió una situación con veinte elogios revuelta, luego cuarenta mentiras, producto de su cosecha, y además *lamió* los platos...

—Papamoscas, ¿qué me cuentas?

—Lo mismo que está usted oyendo.

—Válgame santa Teresa!

—Así es, que dicen los médicos al verle: *Requiem eternam!*

Salí de su casa al punto condolido muy de veras, y en la de *El Observador* entré sério por la puerta: sentado en el suelo estaba poniendo en una calceta una grande cataplasma que con veinte sanguijuelas le acababa de mandar para el dolor de cabeza su médico D. Ramon Valladares y Saavedra: nos saludamos, y luego que hablamos de otras materias, me atreví á darle un consejo en favor de su existencia.

—Tú consejero, Serapio? por Cristo que no seas bestia!

—Le dije que si queria estar con salud perpétua, era preciso que al punto al médico despidiera, ó de lo contrario iba á llevarse lo *Pateta*.

—Por qué?

—Porque, la verdad! no es muy grave su dolencia, y con remedios *caseros* podrá salvar la pelleja, pero en manos de ese médico, que aunque *bachiller en letras*, no está segun mi dictámen, muy ducho en aquella ciencia, antes de cuarenta dias estará mascando tierra.

—Vamos á ver, y despues?...

—Despues seguí mi tarea y fui á ver *La Esperanza*! Infeliz! se queda ciega... por mas *pañitos calientes* y *alabanzas* y *promesas* de que usa para curarse, no hay remedio para ella: la ha salido una *ilusion* en los ojos, que da pena: despues que vió lo imposible de mejorarse á la fuerza, ha recurrido á otros medios; al ungüento de la oferta, al aceite del olvido, mas no la valen sus tretas; ese mal es incurable:

Dios la dé su gloria eterna.
 —Y qué tal se halla *El Católico*?
 —Calla! ni lo se siquiere, ni ignoro si vive ó muere, si está despierto ó si sueña.
 —Y has visitado á *La España*?
 —Tiene un poco de jaqueca que la ocasionan *mareos*, y la cuestión de Inglaterra la ha removido la bilis y el cuerpo de tal manera, que la ha salido un *sir Bulwer* en la rodilla derecha: esto la incomoda mucho y la tiene descontenta, pero yo la he recetado el jarabe de *paciencia* mezclado en *tú lo has querido* que pienso la pondrán buena.
 —Y díme, ¿has visto al *Museo*, á *Cupido*, á *La Luncita*

y á ese rico *Afortunado*, *La Tauromaquia*, *La Escena*, á *La Luna*, *Galeria tauromaquica*!...

—Echa! echa! tengo yo los pies de hierro? ya los veré cuando pueda... esos no están de peligro, á lo menos que yo sepa... Conque adios, tio de mi alma, me voy á dar una vuelta por la casa.

—Serapito!
 te mando que no te metas en mi cuarto, porque luego todo de pulgas lo llenas.
 —Descuide usted, viejo mio; donde voy es á la cueva á preparar mis vestidos para ir luego á la comedia.

La verbena de S. Juan.

Leyendo estaba en silencio la *Gaceta* D. Cenon, y las firmas sobre firmas puestas á mas y mejor por los vecinos de Osuna en la felicitacion que dirigen orgullosos al *ilustre vencedor* de motines y asonadas, antes el *héroe* de Ardoz, segun que así le nombraban los mismos de su opinion, cuando detrás de su asiento cierto ruido percibió: volvió al momento la cara, y sentado en un rincon vió á su sobrino Serapio cortando de un cojedor con unas tijeras grandes un pedazo de laton.
 —Qué estás haciendo, Serapio? al punto le preguntó.
 —Ya verá V. cosa buena! es un modelo! un primor! vamos á ganar con esto lo menos medio millon.
 —Pero qué diablos?... espícatel...

—No se apure V., por Dios! anoche se me ha ocurrido! es un pensamiento atroz!... voy á hacer con este hierro la cruz de la Concepcion conque al señor rey de Nápoles no há mucho condecoró doña María de la Gloria, por su bizarro valor y su buen comportamiento con los de aquella nacion, Y...

—Papamoscas, por Cristo! que si no dejas veloz esa tarea, te agarro y te doy un pescozon: ¿qué entiendes tú de esas cosas siendo un bruto, como yo te he dicho quinientas veces? ven aquí, camaleon! vamos á ver, ¿qué hay de nuevo por Madrid?

—Nada, señor! todo lo que hay en la corte es mas viejo que Sanson: los coches siguen corriendo; los perros á su sabor

sin bozales; las cortinas
en la misma posición
que antiguamente...

—Ya veo
que olvidar es lo mejor
lo que no tiene remedio!
en eso llevas razón!
Y qué tal en la verbena
de S. Juan? se divirtió
la gente? No hubo desgracias?
ni riñas ni...

—No señor!
En dando á los españoles
un poco de diversion,
no piensan en otra cosa!
somos benditos de Dios
para eso! habiendo música
Y ALEGRÍA...

—En un farol,
según nos cuenta *El Heraldo*,
llevaban en procesion
ese letrero pintado.
—Caball! si lo digo yo!
con música y alegría
y buñuelos y licor,
se olvidan los españoles
hasta del que los crió!
y así mientras les quemáran
sus casas, y en conclusion
les robáran las mujeres
y las ropas y el sudor
y les echáran millones
á mas de contribucion,
¿qué importaba todo eso?
cuándo han estado mejor?
vivan la broma y la música
y la alegría!

—Chiton!
bárbaro amigo Serapiol!
no relinches.

—Se acabó!
—Y dime, ¿es cierto que iba
pintado en otro farol
este letrero y estotro,
vivan la paz y la union
y la reina y su gobierno?

—Quién ha tirado una cox
al dar á usted esa noticia?

—*El Heraldo*!

—Voto á brios!
me lo figuré al momentol
¡cuánta mentira precoz
dice ese pobre periódico!
—Si asegura que lo vió...
aquí lo tienes escrito!

—Ilusion sobre ilusion!
desengáñese usted, tío!
... como lemas los sono
El Heraldo aquella noche!
—Pues yo soy de otra opinion
y lo creo á pié juntillas!
—Qué quiere V.? Pues yo no!
—Mira, por señas que jura
que llamó mas su atencion
por ser fijo que en España
por popular y mejor
que un gobierno sea, el pueblo
nunca le presta ovacion
con vivas.

—Eso es decir
pues! como entre col y col,
que el des-gobierno de ahora
es popular... valte Dios
y las cosas de *El Heraldo*!
qué inocencia! qué candor!
—Y bien, Serapiol lo crees?
—Cuando digo á usted que no!...
—Pero si lo vió *El Heraldo*!
—Entonces, una de dos!
ó lo soñó cual he dicho,
ó el mismísimo pintó
de su pluma, puño y letra
los lemas en el farol,
y con un medio durete
á cualquiera se lo dió,
para decir en seguida
en alta orgullosa voz,
«ese letrero es intérprete
de la pública opinion.»
—Serapiol no te deslices,
eres un borrico atroz:
deja esas suposiciones
ó te doy un coscorrón.
Fuiste al Prado aquella noche!
—Sí! y á la Plaza Mayor,
y por mas que lo contrario
diga *El Heraldo* ramplón,
no hubo la mitad de gente
que otros años.

—El calor
tuvo sin duda la culpa:
dij; y la reina pasó
en coche, como otras veces?
—Yo no la ví; no señor!
como *El Heraldo* asegura
que desde que Dios es Dios
tranquilidad tan profunda
nunca Madrid disfrutó
cual la que disfruta ahora,
por eso en su habitacion

nuestra augusta *soberana*
se estaria... por el temor
de que la tranquilidad
la diese algun *sofocon*.
—Serapio, has dicho una frase
que me ha promovido tos,
y si otra vez la pronuncias
me vá á arrancar el pulmon.
¿qué es eso de *soberana*?...

—Pues no se llama así?

—No!

—Cómo que no? lea usted
esta comunicacion
que ha escrito el *señor Isturiz*,
en Londres embajador,
por *inepto* despidiéndose
del ministro *Palmerstón*.

—Breve, Serapio!

—Palmérston!

es igual!

—Pues vive Dios!
que mi *augusta soberana*
dice aquí: tienes razon...
sin embargo, será efecto

de ligereza ó de error,
porque en todos los paises
en donde hay Constitucion!
rey no mas se llama el rey
sin mas nombres ni favor,
los que antes vasallos, súbditos
y el pueblo...

—Bien, D. Cenoni!
estamos á la vereda;
pero todo ese primor
sucederá en las naciones
donde haya Constitucion,
mas ya vé usted que en España...

—Serapito! ten la voz
y echa ya un nudo á tu lengua
y calla que es lo mejor,
pues sin saber de qué modo,
y hablando sin ton ni son,
vamos entrando en política
y de eso no gusto yo:
vé á dar por ahí una vuelta
y luego, si quiere Dios,
con las noticias que traigas
tendremos conversacion.

Himno de Papamoscas.

Resuenen doquiera tambores, clarines,
y empiecen trombones tambien á sonar,
y flautas, cornetas, platillos, violines,
guitarras, bandurrias y pitos al par:

Y pueblen los aires con mágico acento
las voces de veinte, de ciento y de mil,
y viva la broma, reinando el contento,
y hagamos guirnalda de buen peregril;

Y ornemos la frente del que ha levantado,
oyendo del pueblo y la prensa el clamor,
del que ha levantado... ¿lo digo?... EL ESTADO...
mas tente mi lengua; callar es mejor.

Que á tí por imbécil te está eso prohibido
y ciertas palabras no debes decir;
conque apunta y basta, que te han entendido:
ya puedes, si quieres, tu canto seguir...

Venga una botella del buen Cariñena
y vengan doscientas del rico Jerez,
y venga una cuba del Málaga llena
y del Valdepeñas un ciento á la vez:

Y alegres cantemos un himno al soldado
que *ansiendo* los males del pueblo *calmar*,
espléndido y bueno sin mas se ha dignado
lo que todos saben por fin levantar:

¡Vitor al caudillo y aplausos en suma,
y gloria al mancebo, *al bizarro adalid*,
que con solo un rasgo de su *férrea pluma*
ha vuelto *la vida, la paz* á Madrid.

Así, pues, resuenen tambores, clarines,
y empiecen trombones tambien á sonar,
y flautas, cornetas, platillos, violines,
guitarras, ofigles y pitos al par:

Y en bulla y jarana y soláz y contento
y en risas y bromas y alegre inquietud,
arrastre con alas terribles el viento
los vivos que demos por *fiel gratitud*.

A los toros!

¿Dónde mas bullicio habrá,
mas animacion ni vida
que en la puerta de Alcalá
en las tardes de corrida?

Ya cruza una carretela
y un *ómnibus* que la alcanza,
y una calesa que vuela,
y un *Collantes* que no avanza:

Ya un desaforado grita,
y otros juran ó maldicen,
y entre la bulla infinita
mil improprios se dicen:

Ya un severo juez, tal vez
el pié pisa á algun ladrón,
y con su justicia el juez
le pide humilde perdón:

Ya en medio de la algazara
atraviesa una manola
con mas púrpura en la cara
que contiene una amapola:

Ya unos aquí se atropellan
y se quejan ó se aguantan,
y otros allí se atropellan
y si se caen se levantan:

Ya apretándose los codos
paletos y caballeros
se exasperan, porque todos
quieren entrar los primeros:

Y la puerta se embaraza
y las costillas se hunden,
y entran al fin en la plaza
donde todos se confunden:

Y en ella sigue el jaleo
y la broma y gritería,
la zumba y el devaneo
la música y la alegría:

Hasta que el clarín resuena,
que es el que allí pone el mingo,
y salta un toro á la arena
como sucedió el domingo.

Bicho bravo, aunque pequeño,
cornicorto y bien plantado,
entre confuso y risueño
y algo de mal humorado:

Hijo natural de Aleas
no se portó como un burro,
pues despachó tres *obteas*
y lo mató el señor Curro.

El segundo algo mas caco,
de Salvatierra á mi ver,
se contentó con un jaco
y en seguida echó á correr:

Mas en su cobarde *huida*
no le defendió el destino,
pues con mano *torcida*
lo mató el Salamanquino.

El tercero fue un portento
que hizo olvidar el segundo,
valiente, duro y cruento
y de Aleas oriundo:

Asesinó seis borricos
que fue grande maravilla,
y auxiliado de los chicos
lo mató el *Camarailla*.

Salió el cuarto, que era hermano
del segundo, y vió la gente
que fue tan bueno y humano
como su infeliz pariente.

Y si el quinto no hizo hazañas,
fue tal vez porque no quiso,
pero á pesar de sus mañas
no salió del compromiso:

Que aunque fiero y obatinado
pretendió evitar su suerte,
perseguido y obligado
al fin recibió la muerte.

El sexto, de Salvatierra,
duro, bravo y arrogante,
al declarársele guerra,
la volvió en suma bastante:

Despachó cinco *cartones*,
hizo correr á la gente,
movió algunos empellones
y murió como un valiente.

Y concluyó la funcion,
y el público dispersado
se disolvió la reunion,
y está mi cuento acabado.



Noticias.

El miércoles en la noche
por ser el aniversario
triste del fallecimiento
de Moratin (D. Leandro),

crítico ilustre y poeta
regenerador del teatro,
los de Madrid, presurosos
dieron en sus espectáculos

comedias de aquel ingenio,
su buena memoria honrando.

Las que con tino y acierto
puso el Príncipe en el caso,
fueron *La Comedia nueva*
y el *Baron*: de ellas no hablo,
porque es fama que en el Príncipe
nunca se hace nada malo,
aunque á mi ver, también suele
hacerse de vez en cuando.

La Cruz, *El sí de las niñas*,
en la cual recojió aplausos
la señora Samaniego,
y á mas el señor Tamayo,
pues saliendo de su centro,
como nunca trabajaron.
Se representó en seguida
el juguete nominado
La Critica, que alcanzó
éxito brillante y raro,
pues abunda con efecto
en buenos golpes dramáticos,
en chistes y travesura,
y tiene viveza el diálogo:
en la escena el señor Vega,
autor de tan lindo cuadro,
recibió mil homenajes
á su talento preclaro.
Se cantó en seguida el himno
compuesto para este caso,
y si pasó buenamente
no hizo impresion en los ánimos:
en seguida Catalina
Dardalla, Ossorio y Lozano
leyeron composiciones
hechas al aniversario
por Hartzenbusch y Zorrilla,

Breton y Vega, y es cuanto
aconteció en esa noche
de la Cruz en el teatro.

El del Instituto quiso
volar por los mismos campos,
y puso *La Mogigata*
que representó con tacto
la señorita Jimenez,
y en el papel de D. Claudio
se lució como acostumbra
el gracioso consumado
Caltañazor (D. Vicente):
los demás en su trabajo
también con inteligencia
sus partes desempeñaron;
y *gloria in excelsis Deo*,
y aquí mi cuento remato.

Concurrido y esplendente
el circo de Mr. Paul,
vã presentando espectáculos
de notable distraccion:
sigue la yegua *Taglioni*
ejercitando el primor
de su destreza en el baile,
de su buena educacion,
y los atletas han hecho
ejercicios *comm' il faut*:
por lo tanto pronostico
con muchísima razon,
que si sigue como ahora
el francés *Paul Lartigueau*,
es decir, de bien á bueno
y de excelente á mejor,
tendrá continúa en su circo
numerosa la reunion.

Puntos de suscripcion.

Ya que va todo hoy en verso,
justo es que en verso se indique,
que los *Martes* y los *Viernes*
este periódico insigne
se publica, y que *aúnda mas*
por DOS REALES se su-cribe
en la misimísima imprenta
que mas abajo se dice;
en la librería de Cuesta,
calle Mayor; y *Rodriguez*.

Carretas, número cuatro;
Carrusa, calle del Príncipe,
que es un almacén de música,
y está en el número quince;
y finalmente, en la tienda
de papel de los *Ruices*,
en la calle de Toledo,
con sus puntos y perfiles,
número cincuenta y cuatro...
El que quiera que se arrime.

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.